

VELETAS

"En fin, las veletas se mueven según sopla el viento. Y las veletas humanas además también se mueven con el sol. Con el sol que más calienta..."

Marco Atilio, sargento, de 40 años y veterano de Hispania -incluso había intervenido en diversas escaramuzas frente a los irreductibles cántabros-, dejó sobre el suelo la vasija de vino, con cuidado de no verterla pues era poco el que quedaba. A pesar de su resonante nombre, no tenía nada que ver, al menos que el supiera, con ninguna de las encumbradas familias patricias. Se limpió con la manga de su túnica interior los labios, elevó la vista hacia la rudimentaria veleta, que aparecía entre los jirones de niebla cuando el inclemente y frío viento conseguía, en breves retazos, soliviantar la húmeda, impenetrable y pálida mortaja, e iluminar tenuemente el testigo que indicaba la dirección del caprichoso soplo de los dioses, a la luz de las ya mortecinas hogueras del campamento, protegido por la muralla de troncos de pino, y en menor medida roble, haya y abedul. Después, volviendo la vista hacia nosotros, declaró con voz todavía razonablemente estropajosa:

-No me digáis que no es un buen viento. Nos indica de que parte soplan los vientos; cuando Céfiro, Bóreas y Noto, tienen a bien regalarnos con su dulce soplo, o arremeter contra nosotros con su helado o fiero aliento, según su humor...

Régulo, cabo de varas y también baqueteado en numerosas campañas, se inclinó para recoger la jarra, bebió, a continuación eructó, y replicó a su superior y camarada de largos años, con evidente ironía, cordial mala leche y ganas de tomarle el pelo:

-No sabía, ¡oh admirado camarada!, que la inquietud, el temor y la proximidad del desastre pudieran convertir a un gañán como tú- aquí guiñó un ojo a los restantes componentes de la improvisada reunión- en un bardo galo o en un respetable rapsoda heleno.

Atilio no respondió. Se limitó a remover las brasas con un palo, y a dirigir una mirada, mezcla de regocijado aprecio y de simulado enfado, a su compañero. Durante un momento, en el grupo prevaleció un

recogido silencio. Todos, los más de cinco mil hombres acogidos al amparo de aquella improvisada fortaleza de troncos de madera, reunidos alrededor de cientos de hogueras, estaban previsiblemente amenazados y copados, en aquellas tierras donde el carro del sol raramente se dejaba ver, por la inesperada e imprevista coalición de pueblos y tribus étnicamente diferentes y tradicionalmente enfrentados entre sí -diversas tribus de celtas incluidos galos, y también germanos-, justamente enfurecidos por la arrogancia de aquellos pequeños, soberbios y tenaces romanos -ellos mismos-. Sentían, anhelando las campiñas y montes de Italia, durante aquellas noches y días interminables, la misma determinación y el mismo miedo. Pero sobre todo -sobre todo- no caer vivos en manos de los bárbaros...

Rompiendo el silencio, Marco Flavio, oficial de categoría inferior, empezó a hablar, atrayendo el interés del pequeño coro:

- Eso de la veleta, si uno se lo piensa un poco, es una buena metáfora de la vida -se detuvo un momento, ladeó la cabeza, como ordenando sus pensamientos, y continuó-. Por ejemplo, recuerdo cuando era un simple soldado que no pintaba más que una boñiga, pero cuando me hicieron suboficial, y no digamos ya como centurión, los mismos que antes me escupían se dedicaban ahora a lamerme desvergonzadamente el culo. Por no hablar de mi cuñado Aurelio, que de ser el terror de los gatos del barrio -era un experto en el gato-conejo estofado, tal hambre pasaba -, en cuanto la editorial que en Roma posee Marco Craso le publicó un par de poemas, los mismos que un día antes le despreciaban y le tachaban de poetaastro, acudían a él en busca de recomendación, insisto con total desvergüenza, como si no hubiera pasado nada. O mi vecino Marcio, el cual atendía a jóvenes y viejos. Era el rompeolas de los problemas, aspiraciones no consumadas, insatisfacciones, hombro en el que llora-



GREGORIO RUIZ
DE LA HERMOSA

ban amigos y amigas, aguantando siempre, a veces sin ganas, pero siempre con buena cara a quien quisiera llorarle en el hombro o contarle sus problemas, ilustrador en la medida de sus humildes posibilidades de quien a él acudía en lo que su parca pero voluntariosa posibilidad alcanzaba. Ayudando en lo que podía, recurso modesto y último pero al menos seguro. Pero en cuando pintaron bastos para él y se vino abajo, nadie le socorrió ni le prestó un hombro para desahogarse. Al revés, le dieron la espalda e incluso hubo quienes intentaron machacarle... Incluso en su trabajo, cuidando las calzadas de Roma, los compañeros, que se llamaban tan compañeros, evidenciaban y criticaban con cualquiera su taciturna actitud, sin ni siquiera intentar entender el porque de su silencio. Al menos espero que habrá aprendido a desconfiar de las palabras. Yo particularmente solo confío en los hechos. En fin, las veletas se mueven según sopla el viento. Y las veletas humanas además también se mueven con el sol. Con el sol que más calienta...

Flavio interrumpió su disertación. Durante un corto momento, todo volvió a ser silencio y meditación en el pequeño grupo. Al poco, los vivos ojos de Régulo, fijos en el cielo donde un golpe de viento, apartando durante unos segundos la niebla, había dejado entrever una inmensa y amarilla luna, me miraron un instante, y propinándome un leve y amistoso codazo me espetó:

-¿Y tú qué dices, garabateador? -su mirada recorrió con burlona complicidad a los demás durante un brevísimo momento y continuó- No has abierto el pico en toda la noche.

Me arrebuqué en mi manta, miré un momento hacia la fría oscuridad y, al tiempo que agarraba la jarra de vino y me atizaba un buen trago le respondí:

- ¡Qué me vas a contar...!